

La semiosis que no cesa

Entrevista a Teresa Carbó



Oscar Iván Londoño Zapata presenta: Sobre cómo habla el poder

En 1996 Teresa Carbó⁴ realizó una aseveración radical en su libro *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950. Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso*: “estoy convencida de que se hace lingüística por amor; de hecho, quizás sólo por amor se hace tal cosa. Por amor a la lengua y a los matices indecibles que su habla alcanza a proferir (Barthes, 1986a, 234-42); por amor, de hecho, a la estructura del lenguaje y a su forma

4 Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Para ampliar información académica de Teresa Carbó visitar su perfil en la página del CIESAS, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.ciesas.edu.mx>

preciosa de sistema sin igual, dotado como está de capacidades específicas para el tratamiento de sí mismo en tanto sistema de comunicación (Jakobson, 1976: 90)” (p. 23). De igual manera, como ella misma lo ha afirmado, se estudia el discurso por amor a la palabra.

Es esta profunda motivación la que ha llevado a Teresa Carbó a recorrer los vastos caminos del lenguaje y del Análisis del Discurso durante varias décadas. Ha sido este nacer y (re)nacer en las palabras, lo que le ha permitido dejar huellas indisolubles que la posicionan como una de las analistas del discurso más prominentes tanto de México como de los demás países de América Latina.

Para Teresa Carbó (1996) el lenguaje se ubica como una dimensión constitutiva y necesaria de la realidad, de las relaciones sociales y de los espacios en los que se desenvuelve la vida económica, política y social. Es por ello que el Análisis del Discurso, como campo de conocimiento que concibe el lenguaje y lo social desde una relación bidireccional y de recíproca determinación, “no designa una disciplina unitaria y nítida, además de homogénea, sino que recubre un conjunto amplio de prácticas teóricas y metodológicas convergentes, motivadas en su mayor parte por una reflexión intensa sobre algunos conceptos fundamentales de la disciplina, así como por la observación minuciosa de ciertas formas de realización verbal” (Carbó, 1996, p. 42).

Esta definición deja ver la preocupación de la autora por la sistematicidad y el rigor del estudio discursivo, así como la latente cualificación del Análisis del Discurso como un campo interdisciplinario del estudio del lenguaje en sociedad. Es por ello que Teresa practica y promueve un tipo de análisis del discurso que articula dos campos científicos y metodológicos: el lingüístico y el social-histórico.

(Re)escribiendo con preguntas

El texto que aquí presenta Teresa Carbó fue construido con base en algunas de las preguntas que realicé para su entrevista. Estos interrogantes, que se agrupaban en tres secciones, fueron seleccionados por la autora y reordenados de manera creativa en cuatro apartados. Del primer apartado original: *Los Estudios del Discurso y los Estudios Críticos del Discurso: Aportes teóricos*, fueron seleccionadas cuatro preguntas que tienen como propósito indagar acerca de los intereses de Teresa por los Estudios del Discurso y, de igual manera, sobre el papel que la lingüística cumple en este campo de abordaje del discurso en

sociedad. Igualmente, del segundo apartado: *México y los Estudios del Discurso*, la autora seleccionó algunas preguntas orientadas hacia la manera como se han desarrollado los Estudios del Discurso y los Estudios Críticos del Discurso en México y, en general, en América Latina. Una referencia sobre la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED), invitó a Teresa a comentar sobre esta organización, de la que es miembro fundadora y Presidenta Honoraria.

Por su parte, el tercer y último apartado, *Investigación en Estudios del Discurso*, presentó una serie de interrogantes sobre algunos de los variados temas, problemas y estudios desarrollados por Teresa en sus investigaciones y teorizaciones, tales como la función de la sintaxis en la producción de significados en el discurso, el *corpus*, los estudios del discurso parlamentario, la cobertura periodística del terremoto de 1985 en la ciudad capital de México, el análisis semiótico de fotografías en la prensa, las representaciones de la Influenza AH1N1 en fotografías de prensa y, finalmente, el estudio etnográfico, con base en fotografías, sobre los pueblos del Ajusco en la Delegación Tlalpan. A Teresa Carbó mi agradecimiento por su participación en este proyecto.

Teresa Carbó responde: Nota sobre este texto

Por el contrario, estimado Oscar Iván. Soy yo quien está en deuda por su fina perseverancia y estímulo para este encuentro, este diálogo (más que entrevista estricta) que ha adquirido, a cuatro manos, una nueva forma. Podría decirse que se trata de un género comunicativo dual, escrito y a distancia, que no se deja clasificar con facilidad en previos formatos textuales o géneros discursivos.

Como autor de la iniciativa y editor de este volumen, su flexibilidad y paciencia para conmigo han sido ejemplares, cosa que mucho le agradezco. Por mi parte y en ejercicio del privilegio del turno posterior al de la interpelación, me he tomado la libertad de seleccionar sólo (!) 15 preguntas, dentro de las 40 que contenía su propuesta original de entrevista, respetando en ellas la literalidad de su fraseo completo; he hecho caso omiso de todas las demás. A continuación, he formado con esas 15 interrogaciones tuyas mi propia estructura, integrada ésta por 4 apartados, titulados por mí. En ese marco, las preguntas no serán contestadas sucesiva y singularmente, sino que están implicadas en el hilo de una supuesta voz a lo largo cada uno de los apartados.

Éste es un juego, claramente, con las figuras de *ego* en el discurso (au-

toconstrucción, identificación, desplazamiento, negación); movimientos de habla y de escucha, de lectura, escritura, intercambio, recíprocos lugares, colaboración discursiva (o conflicto). Mis respuestas se desarrollarán como textos continuos para cada uno de los apartados (según las preguntas allí contenidas), entretejidas en el flujo de una supuesta conversación cara a cara, que es la manera en la que este diálogo se me ‘figura’.

Sin duda, estimado colega, le debo reconocida gratitud por la lectura atenta que hizo usted de varias publicaciones mías, y la pertinencia con la que usó ése, su saber previo, para formular interrogantes que son a un mismo tiempo incisivas y amplias, en beneficio de los lectores que este libro espera y convoca.

Oscar Iván Londoño Zapata pregunta:

¿De qué manera surgió su interés por los estudios del lenguaje? ¿Cómo llegó a los Estudios del Discurso? ¿Por qué decidió trasladarse a México? ¿Qué papel cumple la Lingüística en los Estudios del Discurso? Su trabajo ha sentado una concepción teórica y metodológica que adjudica un papel básico a la sintaxis en la producción de significados en el discurso. ¿Puede ampliar al respecto? ¿Cuál es su posición sobre la construcción del corpus en Estudios del Discurso?

Teresa Carbó responde: Corpora, historias, teorías

El lenguaje me interesó desde muy temprano en la vida; me refiero con esto al momento en que pude leer, leer de corrido, por afición (que es pasión), y me hice dueña de los placeres intensos de la lectura. (Por suerte mía, en la familia se leía mucho, mis padres y mis hermanas, algunos más que otros, pero todos.) A partir de entonces, el goce de los textos -literarios o no- ha ocupado una porción grandísima de mi vida. Los estudios del lenguaje vinieron después, en la licenciatura en letras modernas que hice en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Allí también inicié mi carrera docente (como Jefe de Trabajos Prácticos, por concurso) en la cátedra de Metodología de Análisis Literario.

La experiencia, sinestésica, profunda e íntima, del carácter único, unitario, específico -‘intocable’ diría-, del texto literario reapareció más tarde, veo ahora, en mi práctica de análisis de discurso, y en el requisito que allí postulo de preservación exacta y completa de la literalidad de lo dicho por los hablan-

tes, explícitamente en contra de cualquier tipo de segmentación o manejo 'previo' de los textos que componen un proceso discursivo documentado; lo que se llamó "normalización", en palabras de M. Pêcheux (1978) y del grupo *Langages*, tomado a su vez de Zellig Harris (1952).

Vamos ahora con el análisis de discurso (AD), que es la expresión que uso y prefiero sobre la de "estudios del discurso" que usted emplea, en clara referencia al nombre de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED).

[Evocaré aquí brevemente la larga discusión que hubo a ese respecto en la Asamblea constitutiva en 1995, en Caracas. En ella, yo propugné por la frase "análisis de discurso", en un deliberado no-uso del artículo definido singular ('el' discurso) con su (posible, frecuente) presunción de unicidad. Fue éste un asunto muy debatido, al que se señaló como agramatical en castellano. Al final mi propuesta se desechó, aunque en mi propio trabajo me he atendido a tal fórmula].

Ese campo, el de los discursos, o como ahora prefiero llamar a esos asuntos, los procesos discursivos fueron una patria para mí en más de un sentido; la puerta de llegada de uno de los 'camino del Señor' que, como decía mi madre, parecen torcidos, mientras implicaba fuertemente que desde luego no lo son, para nada, sino prudentes y hasta afortunados o inclusive sabios.

El hecho es llegado al análisis de discurso porque en 1974 mi incipiente carrera académica (la colaboración con la cátedra antes mencionada y el ejercicio de una beca del Conicet para "Iniciación en la investigación") encontró un abrupto final de clara índole política e histórica. Fui cesada de mi primer cargo docente y empujada al exilio, en el marco de la purga universitaria que tuvo lugar en varias ciudades argentinas del interior antes del golpe militar de marzo de 1976. Quiso la fortuna (académica) que en la investigación que realizaba, en el área de Sociología de la Literatura bajo el título de "El concepto de condicionamiento sociológico de la obra literaria", y después de mi estudio esmerado de numerosos teóricos marxistas del arte y la literatura (G. Lukacs, G. della Volpe, L. Goldmann, R. Escarpit y otros, K. Kosik entre ellos, además de los Formalistas Rusos y el Círculo de Praga y varios autores checos, y también B. Croce, y más), hubiera llegado, en ese mismo ciclo, a la convicción de que el objeto de mi búsqueda, ese supuesto efecto de las fuerzas históricas y sociales que iban desde un implícito exterior hacia el interior de las obras literarias, sólo podía indagarse por medio de un escrutinio estricto y experto de sus respectivas morfologías verbales, en la más íntima arquitectura verbal

de los fenómenos textuales, exigente tarea intelectual para la que no me encontraba preparada.

Debía estudiar lingüística, fue mi conclusión, aunque no la había como una carrera en sí en la oferta académica de mi ciudad. Como dije, hube de alejarme de mi lugar natal, y al poco de llegar a México en diciembre de 1975 solicité mi ingreso al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) de El Colegio de México, en el programa de doctorado en lingüística hispánica, del que me gradué después. Hice allí los estudios avanzados del lenguaje que buscaba, lo cual se complementó muy bien con la formación que traía de la licenciatura, particularmente en el pensamiento de Roland Barthes sobre el lenguaje y la literatura, así como en la teoría lingüística estructural de R. Jakobson y E. Benveniste, grandísimos maestros en mi trayectoria, además de otros, desde luego, que aparecerán más adelante.

Entonces, apreciable interlocutor, le diré con sinceridad que considero a la lingüística como una dimensión esencial, imprescindible, en la práctica del tipo de análisis de discurso que personalmente hallo más interesante y el que más disfruto, el que practico, preconizo y enseño: aquel que tiene una base lingüística y, por virtud de ella, se mantiene cercano a la piel de los textos, a su más delicada voz y faz verbal. Esto es: el análisis de discurso que se interroga seriamente sobre la lengua como dimensión histórica activa, y que aspira a contribuir al mayor conocimiento de esa maravilla semiótica que es el lenguaje humano en uso. He sostenido anteriormente que veo al análisis de discurso como un área de especialidad en el campo de la lingüística descriptiva, así de llano, y de ambicioso.

El fenómeno complejo e inagotable -móvil- del discurso ocurre en un territorio que no es exactamente el de la lengua sino que es de índole sincrética (a la par verbal e histórico), y que Michel Pêcheux delimitó temprano con conceptos fundadores; allí donde lengua y sociedad (historia en mi léxico, en tanto social temporal humano complejo acontecer) se tocan y se re/ des/ conocen de la manera más apretada. Lo que allí acontece no es sólo lingüístico ni sólo social; es las dos cosas a un mismo tiempo, lo que hoy llamo semiótica del discurso verbal: una instancia precisa de ocurrencia de una configuración textual dada; ésa, no otra, plena de sentidos, exacta en su forma específica.

Vistas así las cosas, creo, no tiene nada de sorprendente que la sintaxis me haya funcionado en análisis de discurso como una vía predilecta de acceso sutil (prudente, sensible, fidedigno) a la arquitectura del sentido en los fenómenos textuales, literarios o no. R. Jakobson, a quien me introdujeron muy bien, fue un claro apasionado de la sintaxis, de la poesía de la gramática que modula la

compleja y finísima construcción de los poemas que él magistralmente analizó tantas veces. El ingreso a los textos por medio de la estructura flexible y poderosa de la sintaxis (que es un sistema semiótico, sostiene el maestro) coloca el punto de vista del análisis, pienso, en el corazón mismo de la articulación significativa y motivada de la lengua, en un plano observacional donde pierden densidad e importancia las fronteras disciplinarias (que si se trata de morfología o de sintaxis, o más bien pragmática, si no de estilística o semiología). El análisis, sostengo, puede (per)seguir con relativa tranquilidad el hilo rojo que después de suficientes lecturas flotantes y operativas del material empírico se activa en la percepción de una cierta extrañeza o particular visibilidad en la trama sintáctica de los textos sometidos al análisis.

Ese efecto (*ex post* reconocido como discursivo) no tarda en moverse, en el flujo incesante de la semiosis social, independientemente de las fronteras disciplinarias que podamos establecer en cuestiones de significación, ni deja nunca de estar inscrito en el lenguaje también del cuerpo, sí, y de la colocación de los distintos cuerpos en el espacio y más también (las emociones, por ejemplo), conforme a los innumerables niveles que integran el ámbito general de la conducta humana significativa.

Continuamos: mi insistencia en los procesos conceptuales y operatorios de construcción del objeto de análisis, el *corpus*, puede ser vista como una curación de la herida de la historia (la marca del exilio y el alejamiento forzado) y/o la implantación de la sospecha en la escucha de los signos sociales. Sin duda y con cierto menos dramatismo (aunque ni tanto menos) se inspira también en los conceptos elaborados por otros dos grandísimos maestros, Eliseo Verón (1986, 1987, 1993, 1995) y Michel Pêcheux (1978, 1993), quienes dialogaron en su momento con crítico y respetuoso afán polémico sobre algunos de los puntos ciegos de la teoría del Análisis Automático del Discurso, que E. Verón detectó con prontitud y comunicó con propiedad.

En mi caso, exilio, extrañeza, explicación (necesidad de, realmente), fue la secuencia, no sólo léxica (y en aliteración), que el exilio desencadenó en mi vida y, por lógica, también en mi camino profesional e intelectual: una cauda de interrogaciones cuya respuesta y desciframiento llegó a convertírseme en asunto de vital importancia. ¿Cómo comprender el lugar en el que estaba viviendo, en contraste y diferenciación con aquel, distante, de mi origen? ¿Cuáles eran y cómo se desenvolvían los procesos históricos que habían dado a mi vida esa forma inesperada? ¿Cómo era posible tanta estabilidad en México? La búsqueda en el análisis del discurso político fue 'natural', se diría. Escribí

hace mucho tiempo, con una fortuna expresiva que aún me impresiona, que si la sintaxis señala el lugar donde formular las preguntas, es normalmente la historia quien custodia las respuestas (Carbó 1984a).

Es en la historia, en efecto, en las fuerzas que allí se inter-relacionan, confrontando o reproduciendo el poder, donde emerge imperiosa la necesidad de un *corpus*: un conjunto suficiente de materiales establecido como tal, como conjunto complejo y articulado, para su decente (¿docente, científico?) escrutinio crítico por parte de pares expertos y legos. De allí se sigue el requerimiento de textos completos literales (si provienen de acervos escritos) y una extensión apreciable de materiales para la demostración que se busca. Un *corpus* de esa índole es requerido, creo yo, de toda indagación sistemática de las estructuras de dominación que se materializan verbalmente en sociedad. Lo necesita todo estudio que se concibe descriptivo y crítico del poder, la desigualdad y la asimetría sociales y políticas, en mi apreciación.

El *corpus* representa un desafío básicamente teórico, señaló Pêcheux, en el marco de su empresa de crítica política que aspiraba a cambiar el estado real de las cosas de este mundo. Mi posición es ésta, ciertamente, y en tiempos de la lingüística del *corpus* y otras líneas de manejo de volúmenes amplios de materiales verbales, me es importante aclarar que por un *corpus* para análisis de discurso no aludo a una re/colección de cierto número de hechos episódicos de uso lingüístico documentado, sino que me refiero a *corpora* de tipo histórico: conjuntos inter-relacionados de materiales textuales, complejos y de cierta extensión, que son recopilados y organizados con miras a la descripción sistemática e interpretación de ciertas tramas, constelaciones definidas de fenómenos o ciclos históricos, en coyunturas particulares, verbal y discursivamente documentadas. Hablo, en cierto modo, de un estudio histórico de caso, que fue como concebí mi investigación para el doctorado.

En mi modo de trabajo distingo entre los repositorios o fuentes, como primer nivel de análisis; allí desde donde se recopila el acervo (el cual conforma un segundo nivel), de modo que pueda construirse el *corpus*, el objeto propio de investigación, que se integra en función de las hipótesis del trabajo y su refutación. La materialidad específica del *corpus* no es pues ningún misterio: delimita un sub-conjunto del acervo que se enfoca y escruta con mayor cercanía verbal y más precisa definición histórica que el resto del acervo; algo así como la zona de aplicación de un más potente foco semiótico observacional, evocando el foco fotográfico (Carbó 2002b, 2001b y c).

Un *corpus* amplio pero no gigante, esmerado y generoso, es asimismo la

más poderosa herramienta de trabajo con la que cuenta el analista, para su propia educación como tal, en la escucha y la descripción finas de los materiales, y para la obtención de resultados plausibles y veraces. Como cuerpo o conjunto de evidencia empírica, recogida y registrada según protocolos comunicables de investigación y manejo de datos científicos, el *corpus* es prenda de garantía de la seriedad de una investigación que aspira a satisfacer lo que E. Benveniste llamó la responsabilidad descriptiva de la lingüística para con las lenguas de este mundo (Carbó 2007b), en su vertiente de análisis de discurso.

Oscar Iván Londoño Zapata pregunta:

¿Podría comentar sobre sus primeras experiencias investigativas en el campo de los Estudios del Discurso? En 1993 recibió el Premio Wigberto Jiménez Moreno del INAH a la mejor investigación en lingüística por su trabajo El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950. (Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso). Ese trabajo le permitió desarrollar un modelo particular de análisis de discurso. ¿Cuáles son los principales fundamentos de ese modelo de estudio discursivo? ¿Y los más destacados hallazgos de la investigación?

Teresa Carbó responde:

Discurso político y parlamentario en México

En el desarrollo de mis primeras experiencias de investigación en análisis de discurso gocé del incomparable beneficio de un contexto institucional novedoso e intelectualmente estimulante: el CIS-INAH (Centro de Investigaciones Superiores del INAH; esto es: del Instituto Nacional de Antropología e Historia), recientemente fundado por un grupo emblemático de antropólogos críticos en México: Ángel Palerm, Arturo Warman, Enrique Valencia, Guillermo Bonfil. Este último fue su director, y me invitó a participar allí con un proyecto de mi autoría. CIS-INAH (después CIESAS) era un centro pequeño, dedicado con exclusividad a la investigación y formación avanzada en antropología social. La lingüística era parte inherente de esa perspectiva antropológica, y el análisis de discurso que yo empezaba entonces a ensayar ofrecía puentes interesantes entre el campo de lo social y lo simbólico. Con la propuesta de un estudio sobre la imagen discursiva de las poblaciones indígenas que habría dado sustento a planes y programas oficiales de educación, ingresé en 1979 a un programa de investigación muy novedoso en ese momento: una evaluación multidisciplinaria

ria, por parte de antropólogos y otros expertos, del impacto alcanzado por los últimos 15 años de educación (en principio) bilingüe y bicultural. El programa de evaluación se desarrolló con financiamiento mixto, otra novedad a la sazón, en convenio con la institución oficialmente encargada de esa tarea: la Dirección General de Educación Indígena de la Secretaría de Educación Pública (Carbó 1981a y b, 1983, 1984b).

Así fue, con esa experiencia de bautizo en la complejísima y apasionante fisonomía política y cultural del México post-revolucionario, que estudié durante varios años el campo de la educación pública y de su atención específica a los indígenas en la primera mitad del siglo xx. En realidad, ese tema (sobre el cual incluyó usted, Iván, varias preguntas en su propuesta original), el de la educación para grupos étnicos, se convirtió en el hilo conductor para mi acercamiento al estudio del régimen político mexicano, y a la comprensión de su desarrollo y éxito sin precedentes en América Latina (Carbó 1993a y b, 1992, 1989c, 1988).

Desde el ángulo de la cuestión indígena observé el delicado equilibrio entre élites que ese arreglo político ‘post-revolucionario’ logró sostener durante décadas (Carbó 1997, 1990). Gracias a tal colocación oblicua y relativamente marginal, pude apreciar la distancia que media entre declaraciones y acción política, y los efectos de exclusión para con las poblaciones originarias que produjo el llamado ‘milagro mexicano’, no obstante un discurso que parecía no tener fisuras. He regresado ocasionalmente al tema educativo, que me apasiona, aunque ahora desde otra perspectiva: el estudio de fotografías de historia de la educación pública (Carbó 2002a). También he vuelto alguna vez a la escena parlamentaria, una situación de habla que sigo hallando de singular interés (Carbó 2004a).

También hice, en esos años lejanos, análisis de textos políticos de archivo (la oposición de derecha a Cárdenas) y de discurso presidencial y de prensa, diseñando algunos conceptos y operaciones de investigación, y explorándolos en materiales breves. Analicé asimismo el sistema de toma de turnos y de funcionamiento interaccional predecible con base en el estudio del reglamento vigente para el desarrollo de las sesiones de debate en el Poder Legislativo Mexicano (Carbó 1987b). Fue entonces cuando produje las primeras formulaciones del concepto de la lectura como una serie de prácticas (tomadas de la lingüística estructural-funcional, o inspiradas en ese fecundo modelo) de segmentación y re/integración del material empírico, una manera formal de leer y releer. No anticipaba yo el papel central que este asunto alcanzaría en mi modelo de análisis. Empero, me interesa desde siempre, casi (el placer, interés, goce de la lectura), y es así como la introducción a un pequeño libro mío de 1984 (*Discurso*

político: Lectura y análisis) lleva el título “Cuando leer es hacer”, en resonancia con la excelente traducción francesa de la obra de Austin *Cómo hacer cosas con palabras: Quand dire c'est faire*. Leer haciendo análisis, leer escrutando en absorta abstraída escucha.

El concepto de lectura-como-análisis, según lo formulé después, representa en mi apreciación el aporte mejor que quizás he hecho al campo disciplinario del análisis de discurso de base lingüística, en un marco histórico y materialista. Ese asunto, y también mi reflexión sostenida sobre el tema del *corpus* (allí incluida cierta ‘fuga’ en la literalidad, no sólo del método sino de la vida misma, Carbó 1989b). Como postura teórico-metodológica, como base del vínculo que va construyéndose entre el investigador y su evidencia empírica, ciertas prácticas de re/ des/ composición de la superficie textual literal de los procesos discursivos, integran el concepto activo y operacional de la lectura que sostengo y uso al día de hoy (Carbó 2001a, 1995).

Llegué, pues, al discurso parlamentario siguiendo los vericuetos de planes y programas indigenistas, y de las distintas esferas de competencia y atribuciones rectoras sobre esos sectores de la población nacional en diferentes ámbitos de la administración federal. Así fui a dar al archivo del Poder Legislativo y me apasioné con la dinámica interaccional que los *Diarios de los Debates* atestiguan. Hice del discurso parlamentario mi línea principal de investigación sin calcular o imaginar siquiera lo atrevido y sin precedentes que era un estudio de esa modalidad discursiva, que hoy en día goza de amplia aceptación y es práctica frecuente en análisis de discurso (cf. Bayley (ed.); 2004a en esta bibliografía).

Como usted ha señalado, el libro que provino de mi disertación doctoral, la cual versó sobre la atención legislativa a la población indígena y el desempeño parlamentario como una forma discursiva, fue honrado con el Premio INAH a la mejor investigación en lingüística de 1993. Como manuscrito había recibido en 1992 la distinción, que en mucho estimo, del Premio Casa Chata, otorgado por el CIESAS. Hoy es claro que ése habrá sido -de hecho ya fue- mi más ambicioso proyecto de investigación, y el que, además de depararme muchas satisfacciones, me permitió formarme como investigadora de especialidad, a mi ritmo, en el ambiente amplio y ligero de CIS-INAH en ese tiempo. Con esos materiales, con esos problemas de descripción y tratamiento de la evidencia empírica y su interpretación, pude convertirme en una analista de discurso; no antes, desde luego, de muchísimo estudio auto-asignado: historia mexicana, politología, ciencia jurídica y hasta un poquito de derecho constitucional, además de toda la escuela francesa de AD y las innovaciones conceptuales y meto-

dológicas de los trabajos contemporáneos en lengua inglesa, sin casi presiones institucionales y en el marco de plazos de conclusión y entrega relativamente indeterminados.

¿Qué quisiera yo destacar de esa obra que me ocupó 10 años y que, además, pudo ser publicada en 2 volúmenes, es decir, con su anexo metodológico, en coedición entre el CIESAS y El Colegio de México? En fin, allá voy.

Los más importantes hallazgos de ese trabajo se presentan en diferentes niveles y ámbitos argumentales y de conocimiento. En cuanto al lugar otorgado a los grupos étnicos nacionales por parte de un gobierno que se aducía heredero de una tradición insurgente y rebelde, se percibe, entre 1920 y 1950 (ciclo del estudio), una clarísima macro tendencia a la subordinación, ‘minorización’ y empleo predominantemente retórico de la parte mesoamericana de la población nacional en el discurso institucional. En el ámbito de la politología y el estudio del Estado, se mostró el papel crucial que el Poder Legislativo había desempeñado durante ese largo período, como apoyo para la construcción, consolidación y reproducción formalmente legítima de un régimen jurídico y de facto que era por entero presidencialista (y vertical y autoritario).

La labor de descripción discursiva, inclusive en niveles finos de funcionamiento lingüístico, permitió apreciar que esas funciones discursivas parlamentarias *ad hoc* se cumplían con base en un repertorio no muy extenso de operaciones y productos textuales tácitamente prescriptos, en el marco pragmático de calladas y severas reglas políticas de desempeño interaccional, discursivo y verbal ‘adecuado’ o correcto, en tanto legislador del partido gobernante y/o, posteriormente, de la otrora incipiente y ahora activa oposición parlamentaria (que ya no he estudiado). Todo ello, además de cumplir también las tareas constitucionales de legislar a escala federal, y de servir igualmente como escuela para las élites y como espacio de rotación temporaria de mandos altos y medios.

Desde la teoría del discurso, mi trabajo hizo una contribución considerable a la incipiente línea de indagación que M. Pêcheux había esbozado en uno de sus trabajos (1980 aquí), cuando usó el discurso parlamentario como una instancia emblemática para tratar el concepto de condiciones de producción, con base en la interrupción como recurso atentatorio contra el pacto interaccional establecido para el debate (racional). Régine Robin en Canadá (después de su largo ciclo de investigación sobre los discursos de la Revolución Francesa) también estudió el debate parlamentario como un hecho de ritual y ceremonial político, ideológico y social. Tenue, escasa tierra previa, pocos pero magníficos

precedentes en el camino del análisis de discurso. Mi descripción de la actuación concreta del Poder Legislativo en México confirmó varios postulados de la teoría del discurso sobre las funciones esenciales de las instituciones jurídico-políticas (discursivas) en los procesos de re-construcción de legitimidad, y mostró cuán fundamental era el aporte de los legisladores para la estabilidad y reproducción relativamente estable además de legítima del presidencialismo.

En el horizonte intelectual de habla inglesa, y en el amplio campo del análisis conversacional, mi empleo de la propuesta de Sacks, Schegloff y Jefferson (1974) para el análisis de los turnos de habla en los debates, permitió comprobar que, tal como los autores mismos lo habían señalado en una nota al pie en su texto fundacional, ese modelo abstracto podía ser ‘llenado’ con información histórica (o cultural) y mostrarse sensible a las condiciones contextuales. En mis datos, por ejemplo, el curso del debate y la distribución relativa de los turnos y hasta la forma misma de estos y su condición estatutaria y pragmática (legítimos o no), variaban en función de la presencia/ausencia de diputados de la oposición y de otros pocos rasgos diacríticos que podían manejarse formalmente, e inclusive indicarse visualmente en los esquemas gráficos de los debates.

En el nivel de la descripción lingüística de los hechos de discurso, esa investigación volvió a probar, en volúmenes grandes de materiales, el alto valor formativo de la sintaxis sobre la índole (¿‘figura’?) de los efectos discursivos y su potencia constitutiva de lo social. La capacidad semiótica de la sintaxis es un postulado del maestro Jakobson, y en este estudio la sintaxis proporcionó un *entry-point* de gran riqueza descriptiva y heurística. Fue por nuestra confluencia en el reconocimiento a la gramática, desde puntos de inicio, trayectorias y autores inspiracionales distintos, que Bob Hodge y yo desarrollamos un fuerte vínculo, al conocernos en Dublín en 1989. Llegó así a mi trabajo y a mi vida otro personaje esencial, quien acabó por ser el tutor de mi tesis doctoral, largamente inconclusa. Sin su apoyo riguroso y exigente y su positiva actitud, no la hubiera terminado nunca, y me complace hacer constar aquí mi duradera gratitud hacia él.

Metodológica y teóricamente, tuve la ocasión, en ese estudio, de trabajar con un *corpus* histórico amplio y articulado, es decir, compuesto por sub-conjuntos que se relacionan entre sí y que en este caso fueron tres: 1920, 1935 y 1948. Las fechas se centran en respectivas coyunturas donde, al tiempo que se legisla en pro de la población indígena, se observa la creciente centralización del régimen político en la figura presidencial. El seguimiento cronológico de

una misma institución discursiva, en el tratamiento de un mismo asunto –o tema, o caso- hizo visible con singular elocuencia y solidez empírica el trazo particular del desarrollo histórico del régimen político mexicano en la mayor parte del siglo xx.

Fue asimismo muy valiosa la presencia en el acervo y en el *corpus* de materiales textuales de carácter escrito (iniciativas y dictámenes), junto a materiales que habían sido oralmente proferidos y después transcritos (debates). Para ello hube de diseñar formas de tratamiento que, en algunos niveles de estudio, fueran específicas al sistema interaccional de toma de turnos, y en otros, como en el análisis de la estructura gramatical y en la interpretación histórica, renunciaban a diferenciar entre oral y escrito. En esa decisión ya está implicada (como me señaló en el tiempo de la tesis Bob Hodge, sin que yo lo viera del todo), una actitud observacional ante la lengua y sus productos que es de alcance semiótico, pues hace caso omiso (al menos en ciertas instancias) de las fronteras entre los distintos soportes materiales de las unidades compositivas de la significación, entendidos como compartimientos estancos, conceptual o metodológicamente.

En este trabajo, el ejercicio simultáneo de focalización en el nivel sintáctico, junto con la aplicación sobre el conjunto del *corpus* de varias series de movimientos analíticos y de establecimiento de niveles y unidades compositivas, dio contenido y sustento a la lectura-como-análisis que he expuesto antes, cuya naturaleza sistemática (cuyo rigor, diríamos) y rendimiento descriptivo e interpretativo quedaron bien establecidos. Ése fue, al menos para mí, uno de los principales logros de este estudio extenso. Asimismo ocurrió que los desafíos prácticos de tan ambiciosa pesquisa me fueron requiriendo el diseño original de varios dispositivos o, más bien, prácticas y operaciones analíticas que mostraron su eficacia. Particularmente ufana me siento con el empleo de un diagrama de flujos, adaptado para la representación visual del curso de las sub-secuencias de los debates, en forma de turnos de habla, con un diseño gráfico que permite apreciar con bastante claridad el dinamismo de la interacción y sus constelaciones complejas en una pauta interaccional donde participan varios hablantes con posiciones confrontadas.

En suma, se trató de una experiencia vasta de investigación, en la que fui afortunada, tanto en mi marco laboral como en los interlocutores que pude tener. También en el reconocimiento que alcanzó la obra completa y, particularmente, en un mejor desciframiento del marco histórico político de éste, mi país de elección. La extrañeza vital del exilio pudo apaciguarse en una suerte de desencan-

tada comprensión del ‘milagro mexicano’ que me había dado amparo. Teórica y conceptualmente, numerosos temas y asuntos relacionados con la materialidad verbal de los hechos de discurso (con su naturaleza lingüística) tuvieron que ser tratados en el curso de ese estudio, así fuera someramente, señalando áreas o tópicos merecedores de mayor profundización y estudio, con cuya extensa lista estoy lejos de haber cumplido.

Oscar Iván Londoño Zapata pregunta:

Usted también ha analizado eventos públicos de importancia nacional para México, como la cobertura periodística del terremoto de 1985 en la ciudad capital. ¿Podría comentar al respecto? Dentro de sus múltiples estudios, ha dedicado también atención al análisis semiótico de fotografías en la prensa. ¿Podría comentar sobre estos análisis? En uno de sus estudios analiza las representaciones de la Influenza AH1N1 en fotografías de prensa. ¿Podría comentar sobre estos análisis? Otro estudio suyo que guarda relación con lo fotográfico es el que realizó sobre los pueblos del Ajusco en la Delegación Tlalpan, donde tiene su sede CIESAS. ¿Cómo fue la experiencia de ese estudio? ¿En qué proyectos está trabajando actualmente?

Teresa Carbó responde:

Desastres, in/visibilidades, lecturas

Parece curioso en principio (aunque en realidad no lo es, hubiera dicho mi antes citada madre) que yo, que me he dedicado tanto tiempo al discurso político (como el fenómeno particularmente interesante que pienso que es, en su polimorfismo multifuncional y su extendido ámbito de acción, que resulta a menudo decisivo para las vidas de muchos de nosotros), decía, que haya trabajado yo también en la construcción periodística del terremoto de 1985 en la Ciudad de México, así como en la fotografía de prensa del período de emergencia sanitaria por la Influenza AH1N1 en 2009.

“El terremoto que en México llaman sismo”, decía burlona una amiga de fuera, representó para nosotros aquí en el DF una experiencia traumática inolvidable. La lectura de prensa que hicimos un grupo de lingüistas de CIESAS sobre varios periódicos nacionales (Carbó, Franco, de la Torre y Coronado 1987a) era, hasta cierto punto, la misma que ya de por sí estábamos haciendo todos los días como ciudadanos en estado de *shock*. Ése, al menos, fue mi argumento cuando convoqué al proyecto a mis colegas, y tuve que insistir para que

aceptaran. Ahí estábamos, en esos días, gregarios como nunca en la oficina, pero encerrados y aislados como todos los que, decía la prensa, carecíamos de habilidades específicas para ofrecer en la coyuntura, y a quienes se invitaba a permanecer en sus hogares u oficinas, sin circular innecesariamente. Una amiga francesa, por ejemplo, acompañaba como traductora a los equipos franceses de rescate con perros; nosotros en Casa Chata podíamos hacer análisis de discurso de prensa, pensé y propuse a mis queridos colegas de entonces.

Espoleada por el horror, el temor, la incredulidad, y la congoja, nuestra capacidad de lectura (de los mismos periódicos que leíamos siempre –estipulamos– para mejor percibir los cambios en formato, estilo y contenidos) sin duda se aguzó. Tal es la génesis de ese trabajo: nuestra contribución específica broméabamos; el análisis, según las diferentes líneas de interés de los participantes, de las maneras en las que los respectivos periódicos representaban el dramático acontecer cotidiano durante los 10 días inmediatos posteriores al trágico hecho. Estimamos (y así fue) que en ese lapso llegarían a manifestarse las principales tendencias, temas y posiciones ante lo sucedido y sus consecuencias, catastróficas para muchos, aunque no para todos.

[Un dato (no discursivo) que emergió muy pronto fue que la geografía de las afectaciones más negativas y severas se parecía mucho a la geografía de los sectores socio-económicos más pobres y marginales, como las viviendas ruinosas en el centro histórico, o un inmenso conjunto habitacional de interés social, o varios hospitales públicos, de construcción gubernamental.]

Como fenómeno de discurso periodístico, el terremoto de 1985 mostró una serie de rasgos muy interesantes, por ejemplo, en la cambiada, y cambiante, relación entre titulares y cuerpos de texto; asimismo en el uso del discurso citado o referido, en el empleo de números y cifras como recurso de plausibilidad, en los mecanismos de resumen y de glosa. Ciertamente también en el tipo de hablantes que tenían acceso a la escena pública; en la inmensa proliferación discursiva de textos de todo tipo que ocurrió en esos días, y en la multiplicación vertiginosa de funcionarios e instancias oficiales que tenían incumbencia sobre los muchos asuntos que se volvieron de súbito prominentes, de urgencia realmente, y sobre los cuales estos numerosísimos nuevos hablantes oficiales proferían comunicados, avisos, advertencias, o solicitudes, ya fuera en materias de salud pública, seguridad habitacional, capacidad hospitalaria, infraestructura vial, servicios urbanos u otros.

Ahora veo con mucha más claridad que antes hasta qué punto las situaciones críticas, los momentos de emergencia y urgencia, los llamados desas-

tres (como las catástrofes), constituyen desafíos poderosos y simultáneos a numerosos y distintos sistemas socio-culturales interconectados, que pueden reconectarse (o no) en maneras novedosas, o desplomarse. En México, la participación ciudadana ordenada y eficaz en labores de rescate y atención a damnificados, su solidaridad social exitosa en medio de las ruinas, conmovió los cimientos de su auto-percepción y proyectó positivamente el propio desempeño, lo cual fue esencial para la conformación y maduración de la sociedad civil que está hoy activa en la oposición al presente régimen.

Lo de sismo, o temblor, o terremoto no es un asunto sólo de broma; la autora de una reseña a nuestra publicación señaló críticamente la oscilación léxica del trabajo con respecto al fenómeno central en estudio. Su observación es correcta, desde luego: los propios lingüistas fuimos presa de una fuerte tendencia a la eufemización que en esos días era probablemente más sabia que malvada, y que, al adoptar una forma léxica de tipo técnico (“sismo”), parecía alejar el horror de la tierra que se mueve bajo los pies de uno, experiencia que está más vívida en la palabra compuesta: terre-moto. Mi molesta sensación es que hubiera yo debido advertirlo en su momento (me refiero al uso de la forma “sismo” en nuestro título), cosa que no sucedió, y ello a pesar de que en otro texto mío sobre el mismo hecho describí fenómenos léxicos muy interesantes en esa misma dirección, como que el tabú de mencionar a los muertos, requería un deslizamiento de lugares en un pequeño paradigma de “muertos, víctimas, damnificados, afectados” (Carbó 1989a). Tal es el poder envolvente de una formación discursiva, lo borroso y abarcador de sus fronteras, y su virtual invisibilidad para quien está inmerso en ella, aunque esa persona practique el análisis de discurso.

En cuanto al discurso presidencial y al desempeño interaccional público del más importante personaje de la política nacional en esos días críticos, la positiva construcción discursiva que de él hizo la mayor parte de la prensa, no alcanzó a neutralizar un fenómeno de desconocimiento, reticencia y distancia entre gobierno y sociedad, entre funcionarios y ciudadanía, que nuestro estudio detectó y señaló sin mayor subrayado. Esta observación se nos hizo muy reveladora sólo en una relectura *a posteriori* (que es cuando las cosas se entienden), a la luz de la crisis del régimen a partir de 1988. El afamado presidencialismo mexicano y su red capilar de presencia en el tejido social general, y consiguiente control social y político, se habían debilitado a lo largo de los años; la desigualdad económica y de todo tipo se había incrementado agudamente en lugar de reducirse; la crisis del régimen parecía anunciarse, como sucedió unos pocos años después.

Advertirá usted, querido Iván, que estamos ya aquí hablando de in/visibilidades, inclusive en el nivel del texto verbal, pues también éste otorga forma, figura, presencia, prominencia, *saliencia*, a ciertos costados o facetas de los asuntos, en tanto que calla, precisamente, sobre lo que no muestra. Es el proceso de “construcción del acontecimiento” que E. Verón trabajó en una obra pionera sobre el accidente nuclear de Three Mile Island, con un tipo de enfoque y una selección de materiales que hoy llamaríamos multimodal. El mismo autor había llamado la atención muy temprano -teórica y descriptivamente- sobre la potencia signifiante, en asuntos verbales, de aquello que no digo, aunque podría haber dicho (Verón 1971).

Asuntos visuales fueron los que me ocuparon durante el período más agudo de expansión de la Influenza AH1N1 en México, mientras estaba yo fuera del país y procuraba entender qué estaba sucediendo, cuán real era el riesgo que el gobierno declaraba muy alto, y cómo se veía la situación de la ciudad en general. Las ediciones virtuales de los periódicos y el amplio mundo del internet fueron mi alimento informativo desde donde me hallaba. De regreso aquí, ello se vertió en un artículo extenso sobre la fotografía de prensa en algunos periódicos nacionales, observando en esta ocasión más o menos el mismo fenómeno que con el terremoto: de qué manera los foto-reporteros y su mirada a menudo crítica mostraban a los lectores (encerrados en casa con hijos sin escuela ni trabajo durante los días más críticos) el tema de la epidemia y el virus (Carbó 2010b). La visibilización de un enemigo invisible le llamé. Y lo que se vio, en la mirada de los foto-reporteros, fue de nuevo la gente, los actores sociales ciudadanos y, ante la emergencia oficialmente decretada, la enorme variedad de sus conductas y reacciones, muchas de ellas creativas y humorísticas y perfectamente cívicas (como el uso del tapabocas); otras revelaban marcadas diferencias sociales, culturales y económicas.

Lo que yo vi, en esa experiencia de trabajo, es la importancia de la fotografía en la prensa contemporánea, la riqueza casi inagotable del discurso visual y su fuerza reveladora de las ‘construcciones’ que de lo real efectúa el discurso periodístico. Las imágenes fotográficas son mucho más informativas (con la debida demora en la aprehensión) que lo que el propio fotógrafo puede anticipar o proponerse. Estudiando la mostración de la Influenza AH1N1 pude confirmar, aunque suene extraño, el estatuto analizable (no inefable) de lo visual fotográfico, y su potencia testimonial histórica como lo sugiere John Berger (1972, 1980, 1997, 2002), gran maestro del ver. El valor de las fotografías para la reconstrucción de una historia de luchas sociales, por ejemplo, en la perspectiva de este autor, implica trabajar con las fotografías como productos textuales

que se relacionan con otros, semejantes o coetáneos y que, desde la perspectiva del análisis, han de agruparse en series, temáticas o de otra índole, para poder escrutarse analítica y críticamente como los hechos de significación que son, producción simbólica humana social en circulación e intercambio.

Una reaparición del cuerpo, del cuerpo significante, del cuerpo en comunicación, fue lo que me impulsó hacia el campo del análisis de discurso como práctica declaradamente semiótica, y a la proxémica, y al estudio decidido de la fotografía. Observé, primero, el desempeño comunicativo de la Comandanta Zapatista Esther en 2001 cuando la Marcha por la Dignidad y la Justicia, que venía desde Chiapas, fue recibida y escuchada en el recinto legislativo. Mi interés apasionado en ella, una mujer de pequeña talla y voz clara, había iniciado unos días antes en los pueblos del Ajusco, delegación de Tlalpan, al suroeste de la ciudad capital. Andaban los Zapatistas, organizados en contingentes, haciendo campaña por distintos rumbos urbanos. En San Miguel Ajusco, mi pueblo de adscripción, la escuché. Por ella, seguí al contingente en su marcha al siguiente pueblo, Magdalena Petlacalco, y allí, ante muy reducida concurrencia, tuve contacto visual con ella; más bien, siento yo, tuvimos un silencioso diálogo con miradas (y hasta pausas) que me convirtió en inmediata y persistente admiradora de su capacidad de comunicación y liderazgo (Carbó 2003).

Los pueblos de esta zona agreste y montañosa son los pueblos por los que mi vida ha transcurrido durante los últimos 25 años, entre las peripecias de una laboriosa (auto)construcción habitacional en tierra de estatuto jurídico incierto, y la obtención de algunos servicios urbanos de tipo público. La historia y situación actual de esa micro región (en torno a la cadena montañosa del Pico del Águila y cerca al extinto volcán Xitle), hoy incorporada a la ciudad, son demasiado extensas y complejas como para intentar aquí siquiera un mínimo resumen (*cf.* Carbó 2009a).

Desde el punto de vista de los procesos de investigación sobre los que me ha preguntado usted, Iván, aquí quisiera destacar que el encuentro (encontronazo, más bien) de quien escribe con un hecho vecinal menor fue el impulso siguiente y decisivo para ampliar y reorientar mis prácticas de investigación. La tala clandestina (nocturna y con hacha, no con motosierra) de un árbol en la calle donde habito me sumió en la perplejidad y el abatimiento, inclusive en duelo y dolor. El árbol, que no era ni el más grande ni el más bello de la cuadra, se me hizo nítidamente presente en su ausencia, por medio de la súbita –violenta– transformación de la luz ambiente en 80 metros a la redonda. ¿Cómo explicar/se la tala de un árbol saludable, adulto joven, en una calle rústica pero poblada, sin ningún motivo

aparente? Me declaré concernida, e indignada. De nuevo, necesitaba comprender (no solamente rabiar), y esa necesidad de entender fue la ruta para una investigación multidisciplinaria que me ocupó 5 años (Carbó 2007a, 2008, 2009a, 2011). Para lidiar con lo real, para situar lo del árbol, hube de trabajar sobre un sin fin de dimensiones y temas: desde el territorio físico concreto (antaño de gran hermosura), pasando por el enredo de las demarcaciones administrativas o tradicionales, de los usos del suelo y marcos reglamentarios vigentes, sumado a las prácticas semi-rurales propias de la vida cotidiana en materia de habitación y trabajo (en tareas agrícolas y actividades extractivas de los recursos de las tierras compartidas por las antiguas comunidades, que se remontan a tiempos pre-hispánicos), y hasta los valores simbólicos de la figura del árbol en la cultura de Mesoamérica, y los distintos regímenes iconográficos empleados para dar cuenta del espacio físico en tierras de antigua habitación como ésta, y confrontadas sus comunidades y pobladores en frecuentes litigios por linderos.

La experiencia ha sido magnífica, y esa dispersión, que al principio parecía alejarme cada vez más del núcleo del asunto (casi sin retorno), ha servido, por el contrario, para mostrar una vez más, si falta hiciera, cuán íntimo es el tejido que liga y une los procesos políticos, económicos, sociales y demográficos con los fenómenos llamados de la cultura o del orden de lo simbólico. Las formas de habitar son de lo más entrañable para esta humanidad, constituyen una parte esencial de la carne misma del vivir, y su estudio, allí incluida la observación del incomparable diseño y funcionalidad de la arquitectura vernácula, son penetrantes vías de acceso a la comprensión de la cultura y de sus in/materiales procesos y productos. Evoco aquí el planteamiento de E. Verón (1995) sobre el discurso como un nivel de observación y no un repertorio de asuntos o temas ‘sustantivos’; el análisis como la colocación (deliberada) de un punto de vista que permite apreciar la dimensión discursiva de los procesos sociales, su factura semiótica, su fuerza significante y su potencia pragmática; su condición textual, en suma, que admite ser leída, a condición de que esa lectura permita a su vez que lo complejo y lo grande se manifiesten en lo pequeño, o lo deshilvanado, o inclusive en lo ‘impertinente’. No otra cosa dicen que dicen las teorías actuales de la fractalidad y el caos, pero yo no lo sé. Sí creo saber que el valor testimonial de la fotografía, y de su análisis minucioso, históricamente contextualizado (*cf.* Berger 1980), no ha perdido su fuerza persuasiva y argumental, aun en tiempos de incalculables capacidades tecnológicas para la omisión, el fingimiento y la mentira.

Oscar Iván Londoño Zapata pregunta:

¿De qué manera fueron introducidos los Estudios del Discurso, especialmente los Estudios Críticos del Discurso, en México? ¿Cómo se han desarrollado? ¿De qué manera evalúa usted el desarrollo de los Estudios del Discurso y los Estudios Críticos del Discurso en América Latina? Doctora Carbó, usted es una de las fundadoras de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso. ¿Qué puede comentar sobre la ALED?

Teresa Carbó responde:

El Análisis del Discurso en América Latina y ALED

El análisis de discurso comenzó a desarrollarse en México muy tempranamente en comparación con los demás países de América Latina. Ello fue obra, sobre todo, de dos profesores universitarios pioneros (Noé Jitrik y Mario Monteforte Toledo) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y de algunas instituciones de ésta, el alma mater de México. La revista *Discurso (Teoría y análisis)* inició allí en 1983, y varios seminarios y coloquios organizados por el maestro Jitrik en los años subsiguientes mantuvieron despierto el interés por esa vertiente crítica de los estudios del lenguaje en su versión francesa, que aquí se leyó ampliamente.

A esa escena se sumó, también muy temprano y afortunadamente, la figura entrañable de Teun van Dijk, a quien conocí en 1980 en el CELL (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios) de El Colegio de México, donde impartió un temprano curso sobre temas de discurso, esa vasta comarca de investigación que se mostraría tan fértil en los siguientes años (y décadas, ya). Sin embargo, el análisis de discurso en la escena nacional era aún una práctica incipiente en esos años, a pesar de los meritorios trabajos antes mencionados. [Por cierto, en el mismo año de 1978 había yo tomado, meses antes, un Seminario de Análisis de Discurso que impartieron -en inolvidable par- los profesores Noé Jitrik y Hans Sættele, ambos en el CELL a la sazón. La monografía que elaboré para acreditar ese seminario fue mi primer análisis de un texto político (presidencial), que se publicó posteriormente (cf. Carbó 1984a: 21-45).

Los planteamientos interdisciplinarios de Teun ofrecían un enfoque interesante en materia de estudios de discurso con una expresa inclinación crítica, social y política, y además, él provenía particularmente del mundo de habla inglesa (cercano más bien a fuentes alemanas de escrutinio textual); una alter-

nativa al modelo francés de análisis automático del discurso, cuya imposibilidad analítica y descriptiva ya era evidente. La continuada participación de van Dijk en la escena académica de México y de otros países de América Latina, con los que ha colaborado con dedicación y lealtad incomparables a lo largo de los años, ha sido básica para la creciente aceptación y mayor desarrollo institucional del análisis de discurso. No se trata sólo de que el análisis de discurso es hoy incalculablemente más visible que hace 25 años, sino de que ya es concebido, en ámbitos cada vez más amplios, como un componente inexcusable en la práctica de las ciencias sociales.

En el territorio experto del AD, van Dijk culminó, pudiera decirse, su labor generosa de convocatoria y suma en América Latina, de apertura de puertas y creación de vínculos entre colegas y países, con el impulso decidido que dio a la formación de la actual ALED. Ya he narrado en otra parte (Carbó 2009b) cómo él nos puso en contacto por correo postal a Adriana Bolívar y a mí, compartiendo la confianza que en ambas tenía. El encuentro (virtual, en el viejo sentido) fue fructífero, y la invitación circuló en varios otros países del continente. Se reunió así un buen grupo de entusiastas estudiosos del discurso que nos encontramos en Caracas en 1995 para el primer encuentro latinoamericano y la fundación de la ALED. Debemos a Teun, entre tantas otras cosas, ese efecto ‘bola de nieve’, que mostró hasta qué punto los tiempos estaban maduros para un diálogo entre colegas de este lado del mundo. Su intervención estratégica de promoción de redes y de encuentros creó una suerte de ‘círculo virtuoso’, de gran valor, que nos mantiene unidos al día de hoy, en nuestra estimada Asociación.

En la introducción a una publicación reciente (Emilsson *ELA* 2008) esa historia está muy bien narrada por ella como editora del volumen, desde el punto de vista del CELE (Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras), también en la UNAM. Por mi parte, añadí a su texto un par de notas precisando algunos datos de esa historia intelectual e institucional en la que participé también muy tempranamente, para mi mayor fortuna. De hecho es casi coextensiva con mi trayectoria profesional.

Puesto que la publicación a la que hago referencia es un volumen monográfico editado por E. Emilsson sobre *Análisis de discurso. Enfoques, datos y prácticas*, tema que nos concierne, ¿verdad Iván?, y puesto que allí publican varios integrantes de la Red México de Analistas de Discurso (en vinculación con ALED), quisiera remitir a los lectores que se interesen sobre los caminos del análisis de discurso en este país, a la consulta directa del volumen que contiene una valiosa muestra de los trabajos de colegas mexicanos. El volumen compa-

ñero del que he mencionado (*ELA 2007 sobre Corpora, conceptos y métodos en análisis de discurso*), editado éste por mí, reúne también contribuciones originales de colegas de la Red o cercanos a ella, en torno al tema que tanto me ha ocupado: la construcción de sus respectivos *corpora* de investigación, dentro de una mostración clara de los procesos (operacionales, técnicos, de segmentación u otros) que emplearon para llevar a buen puerto proyectos grandes de investigación en análisis de discurso. Tal fue mi demanda como editora, con el ánimo metodológico de hacer de esa ‘obra negra’ que suele más bien esconderse, materia explícita de reflexión teórica y metodológica, cual es necesario, pienso, para una mayor solidez intelectual en los enfoques críticos ante el poder de los discursos dominantes.

No puedo responderle acerca del panorama latinoamericano amplio en estudios del discurso; lamento no estar lo bastante informada, aunque sí sé, de manera muy general, sobre qué están trabajando algunos colegas en distintos países. En una obra fundamental, editada en Caracas por Martha Shiro, Paola Bentivoglio y Frances Erlich (2009), se ha logrado reunir un número impresionante de autores latinoamericanos en homenaje a Adriana Bolívar. Ese esfuerzo inmenso, una suerte de enciclopedia, servirá por años como fuente de consulta, identificación e intercambio entre colegas a escala continental y más allá; no podría ser más ampliamente recomendable.

En modesta escala individual, un artículo reciente de mi autoría (Carbó 2010a) hace un repaso del panorama de publicaciones en México entre 1999 y 2009, exclusivamente según lo que estaba a la mano en mi biblioteca personal. Fue entonces cuando advertí, y quizás ésta es una característica de México, y no sólo una muestra de mi incurable curiosidad y dispersión, advertí, decía, hasta qué punto los estudios del discurso (y aquí aplica muy bien la designación más abarcadora de “estudios”) se entretrejen en la escena intelectual mexicana con otros asuntos y enfoques: cuestiones de género, de pueblos indígenas, de autonomías y derechos lingüísticos y culturales, de movimientos sociales, de procesos de construcción de identidades, y de protesta y resistencia social y política.

En el marco de una producción editorial muy vasta, me fue imposible distinguir con cierta nitidez entre los campos y obras donde, sin ser estrictamente análisis de discurso, una sistemática y ‘desconfiada’ observación de los fenómenos verbales se sumaba a un trabajo de tipo antropológico, por ejemplo, o histórico o sociológico, o inclusive filosófico. Esa pérdida de la inocencia ante el lenguaje, realmente, me alegra. Con independencia de mi firme y sincera adhesión a la descripción lingüística experta como base del análisis de

discurso que elijo practicar, veo que sólo puede ser benéfica para todos los investigadores en ciencias sociales una mayor difusión de las bondades de una escucha o lectura alerta y perspicaz de los fenómenos textuales, junto con la concomitante tendencia a borrar u olvidar las fronteras entre las respectivas áreas de especialidad.

En cuanto a lo que usted llama los estudios críticos del discurso, provenientes, me imagino, del ACD, o análisis crítico del discurso, practicado y difundido por un grupo de autores europeos y adoptado ampliamente en América Latina, también por numerosos colegas de ALED, me interesa subrayar en primer lugar el carácter profundamente diverso de nuestra asociación, una de cuyas madres fundadoras soy en efecto, a mucha honra. Son incontables los enfoques y autores y conceptos inspiradores que orientan, informan y habilitan descriptiva e interpretativamente a los científicos de este enorme continente. No me parece apropiada ni veraz una identificación rápida o 'económica' de ALED como una asociación de practicantes de una sola y misma corriente teórica y metodológica.

Mi propio camino puede servir de ejemplo para el caso: conocí la Lingüística Crítica cuando ya me había formado en el pensamiento de R. Barthes, E. Verón, R. Jakobson y E. Benveniste, y en el de M. Pêcheux poco después. De igual modo, conocí los postulados de Pêcheux sobre la necesidad de eliminar por entero la contaminación subjetiva del analista, cuando ya había estudiado a Chomsky y había retomado de este gran lingüista la incorporación expresa de la experiencia de hablar una cierta lengua en la teorización acerca de la misma. La 'muerte del analista' no me pareció necesaria ni científicamente sabia. Las cosas, pues, no suceden igual ni al mismo ritmo para todos. En mi trayectoria personal, además de compartir con la Lingüística Crítica la opción por la sintaxis como puerto de entrada a los productos textuales, y además de compartir asimismo su amor a casos concretos de efectos discursivos de materialidad sintáctica, hallé que a esa innovadora y valiosa propuesta le faltaba el marco de una teoría explícita sobre lo histórico social como la que tuvieron los colegas marxistas en Francia.

Otro tanto observo en el ACD. Por una parte, es un enfoque que postulan, practican y promueven colegas cuyos amplios méritos académicos reconozco, y cuya integridad científica me inspira sincero respeto. Es asimismo innegable que el impulso del ACD como propuesta *mainstream* en cierta parte del campo del análisis de discurso, ha logrado reunir una masa de investigadores que es crítica, en el doble sentido de volumen y de disposición analítica. Sin embargo,

también tengo la impresión de que, a pesar de la evidente originalidad pionera de la Lingüística Crítica y sus análisis virtuosos, ésta no es siempre adecuadamente reconocida como una fuente inspiracional básica del ACD. Además, cuando en su surgimiento y después, el ACD puso tanto énfasis autoidentificadorio (diacrítico) en la naturaleza crítica de sus descripciones de hechos de discurso, resulta comprensible evocar la historia del campo disciplinario, aún breve, y subrayar que, desde su origen mismo en Francia al final de los años sesentas, el análisis de discurso se concibió y se proyectó hacia el exterior, explícitamente, como una práctica intelectual rigurosa y crítica del funcionamiento verbal en la reproducción de la injusticia y la dominación.

Parecido uso del análisis de discurso con miras a un cambio en el estado de cosas del mundo es notorio en muchos otros practicantes de la disciplina, tempranos y recientes. Mi habitual y sistemático retorno activo a algunos autores fundacionales en el vasto campo de los estudios del lenguaje que pueden reconocerse como grandes clásicos, no ha dejado nunca de proporcionar su recompensa intelectual: Benveniste, Jakobson, Halliday, Jespersen, Labov, Barthes y tantos más tienen todavía mucho para enseñarnos, aunque esto resuene tal vez anacrónico hoy en día para algunos colegas. En este encuentro evocativo, estimado Iván, añadiré sólo que la discusión sobre los orígenes históricos del análisis de discurso y el papel de la dimensión crítica en él está contenida en mi trabajo de 1996 (pp. 42-47). Tal vez alguna persona curiosa quiera leerla y comentar mi posición. La sección “Foro”, que propuse e inicié en la magnífica revista que tenemos en ALED, está siempre abierta a la reflexión compartida, y me honraría dialogar allí sobre éste y otros asuntos del campo de trabajo en el que nos encontramos.

¿Qué puedo comentar sobre ALED? En primerísimo lugar, que me alegra en lo más íntimo su existencia y su éxito; que me siento orgullosa de la parte que me tocó en su fundación y desarrollo, y que quisiera verla crecer, en número de socios, en penetración territorial y también en calidad científica.

A veces no sé si es sólo un efecto de la restricción del tiempo en las presentaciones en nuestros congresos, pero he tenido en ocasiones la sensación de que no siempre fundamentamos nuestras aseveraciones y, sobre todo, nuestras interpretaciones críticas sobre un escrutinio abarcador, sistemático y plenamente riguroso de la evidencia textual, la cual, en ocasiones también, me parece un poquito insuficiente o fragmentaria. En ese tenor publiqué hace unos años (Carbó 2004b) unas reflexiones que había formulado, por cierto en un congreso de ALED, sobre los protocolos mínimos de investigación que quisiera

ver observados en todos y cada uno de nuestros trabajos, como un proceso de necesaria consolidación científica del conjunto de las disciplinas analíticas que practicamos, y para una mayor solidez y capacidad de generalización en nuestros análisis del poder, la injusticia y la desigualdad.

En ese sentido, como en varios, soy optimista. La ALED es un espacio que posibilita, que multiplica, que abre, que une e informa y permite crecer. Creo que ciertas debilidades se irán corrigiendo con el paso del tiempo y con la profundización de los debates en su seno. Descreo sistemática y agudamente de los consensos totales y de las orientaciones teóricas uniformes, así como de las demarcaciones de escuelas o grupos homogéneos.

Además, estoy convencida de que nos beneficiaría abandonar algunas modalidades de formal cortesía latina en nuestros encuentros y discusiones. Mucho mejor nos ayudaremos y nos haremos crecer recíprocamente si somos capaces de criticarnos con lo que he llamado (con respecto a las prácticas del Seminario México de Analistas de Discurso) fraterna ferocidad intelectual. Ciertamente, la pura existencia de ALED es un milagro en los actuales tiempos mezquinos e indiferentes del mundo de hoy. Como tal, como preciosa obra colectiva que llevamos lograda, hemos de cuidarla y promoverla; tal es mi convicción.

Muchísimas gracias, estimado Oscar Iván, por su fina paciencia y estimulante curiosidad. Esta entrevista, ideada por usted y que pronto verá la luz gracias a su tenaz afán, me ha proporcionado una ocasión muy útil de reflexión, que mucho y sinceramente le reconozco. De nueva cuenta, en los tiempos que corren (corren, en efecto), de prisa, premura y ansiosa tensión, este encuentro ha sido un pequeño milagro (más) por el que dar gracias a la vida.

Bibliografía

- Barthes, R. (1986 [1977]). *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI Editores.
- Barthes, R. (1986 [1982]). *Lo obvio y lo obtuso (Imágenes, gestos, voces)*. Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (1987 [1984]). *El susurro del lenguaje (Más allá de la palabra y la escritura)*. Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (1990 [1980]). *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. Nueva York: Ballantine Books.
- Benveniste, É. (1966 y 1974). *Problemas de lingüística general I y II*. México: Siglo XXI Editores.
- Berger, J. (1972). *Ways of Seeing*. Londres: Penguin Books y BBC.

- Berger, J. (1980). *About Looking*. Nueva York: Pantheon Books.
- Berger, J & Mohr, J. (1997 [1982]). *Otra manera de contar*. Murcia: Mestizo.
- Berger, J. (2002 [2001]). *La forma de un bolsillo*. México: Ediciones Era.
- Berger, J. (2006). *Con la esperanza entre los dientes*. México: La Jornada Ediciones.
- Carbó, T. (2011). Formas de habitar en los pueblos del Ajusco. Leves lecturas semióticas de imágenes fotográficas. En *Metrópolis desbordadas. (Poder, memoria y culturas en el espacio urbano)* (pp. 449-90). México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), Freie Universität Berlin y Conacyt .
- Carbó, T. (2010a). Discourse analysis and related fields in Mexico, with some notes on Latin-America: A sketch (1999-2009). En: *Sociolinguistic Studies*, 4 (2), volumen monográfico *Multiculturalism and Institutional Discourse: Sociolinguistic and Pragmatic Aspects of Service Encounters*, pp. 469-504.
- Carbó, T. (2010b). La visibilización de un enemigo invisible. La influenza AH1N1 en fotografías de prensa. En: *Desacatos (Revista de Antropología Social)*, 32, volumen monográfico, editado por Molina del Villar, América, *La pandemia de la influenza humana*, CIESAS, México, enero-abril de 2010. (42 pp. + 66 fotografías a color). [Consultar en: <http://publicaciones.ciesas.edu/mx/desacatos>]
- Carbó, T. (2009a). Un árbol menos en esta calle: Desamparo público y ejercicio de la mirada en el Distrito Federal (México). En *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina* (pp. 169-221). Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert.
- Carbó, T. (2009b). Felipe Calderón Hinojosa en fotografías de la prensa capitalina mexicana. Elementos para un estudio de semiosis figural política. En *Haciendo discurso. Homenaje a Adriana Bolívar* (pp. 391-418). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Carbó, T. (2008). Formas de habitar en una urbanización no regulada, Conferencia audiovisual en: Ricardo Pérez Montfort, *Cinco exposiciones: Muestras de Investigación. Teresa Carbó, Victoria Novelo, María Bertely, Israel Sandré Osorio, Magdalena Barros*, DVD, *Senderos, 1*, Laboratorio Audiovisual del CIESAS.
- Carbó, T. (2007a). Escalones y escaleritas en pequeñas construcciones de los pueblos del Ajusco (Ciudad de México): Morfología y ensoñación. *Revista Tópicos del Seminario*, 17 (volumen monográfico, *Pasajes*) (pp. 119-62). México: Benemérita Universidad de Puebla.
- Carbó, T. (2007b). *Estudios de Lingüística Aplicada (ELA)* 46, Editora del volumen monográfico: *Corpora, conceptos y métodos en análisis de discurso*. México: CELE, UNAM.
- Carbó, T. (2004a). Parliamentary discourse when things go wrong: Mapping histories,

- contexts, conflicts. En *Cross-cultural perspectives in parliamentary discourse* (pp. 301-337). Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Carbó, T. (2004b). Protocolos de investigación en análisis de discurso y consolidación del campo disciplinario (pp. 121-30). En *Discurso (Teoría y Análisis)*, 26. México: UNAM.
- Carbó, T. (2003). La Comandanta Zapatista Esther en el Congreso de la Unión: Un análisis de su desempeño escénico como intervención política (pp. 101-150). En *Debate Feminista (Heridas, Muertes y Duelos)*, 14, 28, octubre.
- Carbó, T. (2002a). Un experimento en lectura de fotografías. En: Galván, L. E. (coord.). *Diccionario de la historia de la educación en México, siglos XIX y XX*, CD, Seminario de Historia de la Educación. México, CIESAS y UNAM (Publicaciones Digitales, DGSCA).
- Carbó, T. (2002b). Investigador y objeto: Una extraña/da intimidad (pp. 15-32). *Iztapalapa* Año 23, Num. 53, julio-diciembre. México: UAM-Iztapalapa.
- Carbó, T. (2001a). Regarding reading: On a methodological approach (pp. 59-89). *Discourse & Society*, 12 (1), Sage Publications.
- Carbó, T. (2001b). El cuerpo herido o la constitución del *corpus* en análisis de discurso. *Escritos (Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje)*, 23, enero-julio, 17-47. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Carbó, T. (2001c). Tocar el lenguaje con la mano: Reflexiones de método. *Revista ALED (Asociación Latinoamericana de Estudios de Discurso)*, 1 (1), 43-67.
- Carbó, T. (1997). Who are they? The rhetoric of institutional policies towards the indigenous populations in post-revolutionary Mexico (pp. 88-108). En *The language and politics of exclusion (Others in discourse)*, Sage: Thousand Oaks.
- Carbó, T. (1996). *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950 (Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso)*. México: CIESAS y El Colegio de México, 2 Vols.
- Carbó, T. (1995). Lectura y sintaxis en análisis de discurso (Una reflexión teórico-metodológica). *Discurso (Teoría y Análisis)*, 18. 35-71. México: UNAM.
- Carbó, T. (1993^a). Nosotros, que nos quisimos tanto ... La escena discursiva en la Cámara de Diputados, *Discurso (Teoría y Análisis)*, 14, 69-95. México: UNAM.
- Carbó, T. (1993b). Determinaciones discursivas sobre episodios interaccionales en situación de debate. *Morphé*, 8, 27-51. Puebla: UAP.
- Carbó, T. (1992). Towards an interpretation of interruptions in Mexican parliamentary discourse. *Discourse & Society*, 3 (1), pp. 25-45.
- Carbó, T. (1990). La construcción discursiva de una identidad: El caso de la población indígena en México. En *Estudios de Lingüística de España y México* (pp. 571-585). México: El Colegio de México/UNAM.

- Carbó, T. (1989a). When bodies become words: Some verbal representations of the 1985 México City earthquake. En *Text and Talk as Social Practice (Discourse, difference and division in speech and writing)* (pp. 3-24). Foris, Dordrecht.
- Carbó, T. (1989b). Acerca de la literalidad como fascinación. En *La imagen del tejedor. Lenguajes y políticas de la comunicación* (pp. 99-112). México y Barcelona.
- Carbó, T. (1989c). Legislar contra la ignorancia (Leyes y decretos para la alfabetización: 1944-1948). En: *Papeles de la casa Chata 4* (6), CIESAS.
- Carbó, T. (1988) La escenificación discursiva de una paradoja: Los grupos étnicos en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. *Discurso (Teoría y Análisis)*, 9, 63-79. México: UNAM.
- Carbó, T. (1987a). *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. Cuadernos de la Casa Chata 147, CIESAS, México (en coautoría con Víctor Franco, Rodrigo de la Torre y Gabriela Coronado).
- Carbó, T. (1987b) ¿Cómo habla el Poder Legislativo en México? *Revista Mexicana de Sociología*, XLIX (2), 165-80. México: UNAM.
- Carbó, T. (1984^a) *Discurso político: Lectura y análisis*. Cuadernos de la Casa Chata 105. México: CIESA.
- Carbó, T. (1984b). *Educación desde la Cámara de Diputados*. Colección Miguel Othón de Mendizábal 2. México: CIESAS.
- Carbó, T. (1983). Le debat indigéniste au Mexique: Un exemple d'analyse du discours parlementaire. *Langage et Société* , 26, 3-26. Paris: Maison des Sciences de l'Homme/CNRS,
- Carbó, T. (1981^a). *El nacimiento de una Secretaría (Documentos sobre la creación de la SEP, 1920-1924)*, Cuadernos de la Casa Chata 46. México: CIESAS.
- Carbó, T. (1981b). *De la Cámara de Diputados a San Lorenzo Tlacotepec (Materiales para una historia de la educación indígena)*, Cuadernos de la Casa Chata 41. México: CIESAS. (guías de archivo, recopiladas y presentadas en coautoría con Luz Elena Galván).
- Emilsson, E. (2008). *Estudios de Lingüística Aplicada (ELA)* 48, Editora del volumen monográfico *Análisis de discurso. Enfoques, datos y prácticas*. México: CELE, UNAM.
- Hall, E. T. (1991 [1966]). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI Editores.
- Harris, Z. (1952). Discourse Analysis, *Language*, 28 (1), 1-30.
- Harris, Z. (1952). Discourse Analysis: A sample text, *Language*, 28 (4), 474-494.
- Jakobson, R. (1963 y 1973). *Essais de linguistique générale I y II*. París: Les Éditions de Minuit.
- Pecheux, M. (1978 [1969]). *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.

- Pecheux, M. (1990). *L'inquiétude du discours* (textos escogidos y presentados por Denise Maldidier). París: Cendres.
- Robin, R. (1973). *Histoire et linguistique*. París: Armand Colin.
- Robin, R. (1984). La circulation de la palabra pública y sus riesgos: Los debates en Comisión Parlamentaria sobre el Proyecto de ley concerniente a la organización de los servicios de salud y de servicios sociales en Québec en 1971. En *Le discours social et ses usages, Cahiers de recherches sociologiques*, 2 (1).
- Sacks, H., Emanuel S. & Gail J. (1974). The simplest systematics for the organization of turn-taking for conversation, *Language*, 50, 696-735.
- Shiro, M., Bentivoglio, P. y De Erlich, F. y (eds.) (2009). *Haciendo discurso. Homenaje a Adriana Bolívar*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- Verón, E. & Sigal, S. (1986). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Editorial Legasa.
- Verón, E. (1987 [1981]). *Construir el acontecimiento (Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island)*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (1995). *Semiosis de lo ideológico y del poder*, Cursos y conferencias, segunda época, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.